



## CAPÍTULO X

En el que se ve que en materia de amor, el rodeo  
suele ser el camino más corto.

**M**ERCED después de los consejos de  
doña Rosario, y Carlos después  
de las reticencias de Perez pensaron  
por primera vez formalmente en que se  
amaban.

—Me ha hecho impresión lo que me  
ha dicho Perez, pensaba Carlos, y esto  
es porque Mercedes me interesa más  
de lo que yo creía; y como cada casa  
es un mundo, sabe Dios lo que estará  
pasando en la casa de don Pedro por  
mi causa, sin que yo me aperciba de

ello. Yo hasta ahora no he querido hacer la menor declaración, ni comprometerme á nada, ¡qué diablo! esto del matrimonio es una cosa seria y todavía no quiero dar paso, en un sentido determinado; pero, por otra parte, tal vez esté yo siendo la causa de algún trastorno de familia..... de todos modos Perez me sacará de la duda y me pondrá al tanto de lo que pasa.

La actividad de Pérez tomó creces, y su facultad de locomoción y su verbosidad tuvieron ancho espacio.

Á doña Rosario le dió cuenta de su comisión, buscando mil medios ingeniosos de hablarla aparte, sin que de ello se apercibieran las niñas.

—Vamos bien, le dijo en un aparte, dramáticamente buscado. Nuestro hombre me espera entre cuatro y cinco.

Perez sabía que era de muy buen efecto esto de «*nuestro hombre*» en lu-

gar de «Cárlos» porque de este modo no mentaba personas y corroboraba su fidelidad, su secreto y su confianza.

Para Merced tuvo tambien Perez un momento propicio.

—Quiero preguntar á usted una cosa, Perez.

—Estoy á la órden de usted, Mercedita; ya sabe usted que la quiero como si fuera usted mi hija.

—Ya lo sé, y si no fuera por eso.....

—¿Qué desea usted?

—¿Ha visto usted á Cárlos?

—Calle usted, criatura; mucho cuidado, mucha mesura, que las cosas se están poniendo color de agua tibia. Vea usted qué purera tan bonita; está buena para el señor don Pedro María.

—Mi papá chupa puros, pero chiquitos

—Podían ustedes hacerle un regalito decente con ella; no vale más que

doce pesos, es regalada, es toda cincelada, vea usted este bajo relieve: representa el paso de las Termópilas.

—Es muy bonito..... con que ¿qué decía usted?

—Que la cosa se complica, mucho cuidado.

—¿Pues qué sabe usted?

—Yo nada. pero..... cuente usted conmigo.

—¿De veras?

—Ya me conoce usted.

—Pues bueno, yo desearía hablar con Carlos.

—¿Y la mamá?

—Pues usted dirá.

—Yo lo arreglaré.

—¿Cómo?

—¿Tiene usted confianza en Angelita?

—Sí.

—Procure usted ir á misa el domingo, sola con Angelita.

—Imposible.

—Pues por el balcón.

—Tengo miedo.

—Por la azotea.

—¿Y si me caigo? Yo nunca subo.

Doña Rosario cortó este interesante diálogo; Perez se despidió y se fué hasta San Hipólito, á donde vivía Elena.

—En usted estaba pensando.

Perez pensó esto.

Todos están ahora pensando en Perez.

—¿Sí? ¡cuán dichoso soy!

—No empiece usted.

—No empiezo, sigo.

—¡Ay qué hombre!

—¡Ay qué Elena!

—¿Y yo qué tengo?

—¡Tantas cosas!

—Eso ya lo sé.

—¡No es verdad que tiene usted muchas cosas?

— Sí, muchas cosas que decir á usted.

— Á más de esás, yo hablaba de otras cosas que usted tiene.

— ¿No le digo á usted que ya empieza?

— ¿Á qué?

— Á ponerse insoportable.

— Pero usted es muy buena y me soporta siempre.

— Y dále.

— No se enfade usted.

— Estoy de mal humor.

— ¿Le ha sucedido á usted algo?

— Á mí siempre me sucede algo.

— Dichosa usted; á mí nada me sucede.

— ¿Pues qué quiere usted que le suceda?

— Algo.

— ¿Cómo de qué?

— Que me machuque un coche, que

me dé un tifo, que me den una estocada.

— ¡Ave María Purísima! Está usted desesperado.

— Casi.

— ¿Por qué?

— Usted tiene la culpa.

— Perez, Perez, téngá usted juicio.

— Vuélvamelo usted.

— ¿Yo?

— Sí, usted me lo robó.

— Yo no.

— No, sus ojos.

— ¡Ah que usted!

— Sí, eso es, ¡ah que yo!

Y luego fijando una larga mirada en Elena, exclamó como estallando.

— ¡Cruel!

— Elena bajó los ojos y al cabo de un rato dijo.

— Hemos de hablar con formalidad ¿sí ó no?

—Como usted guste, usted manda y yo obedezco.

—¿Cómo le fué á usted de baile?

—Tengo las boleras pintadas en el corazón.

—¿Con qué? preguntó Elena riéndose.

—¡Con fuego!

—¡Ah qué horror!

—Y los piés de usted, aquellos piés color de azul celeste... á aquellos piecitos les pone alas mi imaginación y se vuelven dos querubincitos.

—¡Oiga!

—Sí, Elena.

—Y se van al cielo, como son celestes....

—¡Ay! y á mí me dejan en el infierno.

—¿Qué me cuenta usted, Perez?

—Es usted muy cruel.

—Y usted muy chancista.

—Hablo de veras. Vamos á ver, ¿qué le ha sucedido á usted, Elena?

—Me han pegado una cólera.

—¿Quién? ¿quiénes? Porque aquí está Perez para servirle á usted de... barricada.

—¿De qué?

—De barricada.

—Hábleme usted de modo que lo entienda, que no me gustan palabras dudosas.

—Barricada, hija, trinchera; quiero decir que usted se ponga detrás de mí.

—¿Y para qué?

—Para que yo reciba los golpes y los balazos, y usted se esté quieta y salva.

—¡Ah! ¿lo decía usted por eso?

—Sí, por eso.

—Pues gracias, y oiga usted lo de la cólera.

—A ver.

—Figúrese usted que los muchachos de la escuela, los muchachos ordinarios por supuesto, le han puesto á mi hijo un sobrenombre.

—¿Un apodo?

—Sí, eso.

—¿Y cómo le han puesto?

—Chucho el Ninfo.

—¿El ninfo?

—Vea usted, Perez, que infamia, y todo porque mi hijo va aseado y bien vestido.

—Eso no es más que envidia.

—¡El Ninfo! pues no faltaba más, sino que mi hijo de mi corazón anduviera como un limosnero; no señor, primero pido limosna yo.

—¿Y ese es el motivo de la cólera?

—Sí, Perez, quiero que inmediatamente vaya usted á buscar otro establecimiento en donde poner á Chucho.

—Pero si ya iba aprendiendo.

—No le hace, yo no he de permitir que maltraten á mi hijo ni que le pongan nombres.

Perez informó á Elena de cuales eran los mejores preceptores, y le dió, como en todas, noticias frescas en esta materia.

El run run del casamiento de Mercedes, llegó á oídos del señor cura y del padre Martinez, quienes, echando una raya en el agua como ellos decían suspendieron una noche su tresillo, para hablar del asunto del matrimonio.

—A la verdad, Sr. D. Pedro María, que yo ya tenía para mi capote lo que pasa; porque yo, como suele decirse, corto el pelo en el aire, decía el padre Martinez. Nosotros los eclesiásticos, por razón de nuestro ministerio, vemos las cosas de otro modo ¿me comprende usted?

—Es natural, padre Martinez. Yo les confieso á ustedes que soy un poco distraido en estos asuntos, pero descanso en mi muger.

—Y hace usted bien señor D. Pedro, porque doña Rosario, es toda una señora, y ¡qué conciencia! ¡qué conciencia señor cura! agregó, oiga usted; da gusto. En eso sí, Sr. D. Pedro está usted muy bien jugado, y la Divina Providencia lo vé á usted con ojos de misericordia, porque sin exagerarle á usted, se ven unas cosas... ¿no es verdad, señor cura?.. Pero ¡como ha de ser, señor, como ha de ser!..

—Pero, como decía, insistió D. Pedro, yo me descuido en estas cosas; pero ahora que se trata del asunto quisiera saber la respetable opinión de ustedes, en concepto de que, siendo cosa de conciencia, espero que se me hable con toda la franqueza...

—¡Ah! eso por de contado, mi señor, ya no solo por nuestro carácter sino como amigos de la casa..

—Pero es el caso que la cosa no parece muy sencilla.

—¡Cómo!

—Sí; parece que el señor D. Carlos...

—¿El presunto? preguntó el señor cura.

—Sí, señor cura, contestó D. Pedro María; el señor D. Carlos parece estar contaminado.

—¡Ave Maria Purísima! ¿y de qué mi señor D. Pedro?

—Quiero decir, tiene sus ideas.....

—¿Liberales? dijo quedito el padre Martínez, como si hubiese pronunciado una obscenidad.

—En eso es en lo que yo no estoy muy al tanto; mi mujer me ha dicho que si Carlos tiene sus ideas y que si no es muy religioso, y que si ha teni-

do sus conversaciones, y que te fué y que te vino, y qué sé yo; pero es el caso que no tenemos bastante seguridad acerca de sus opiniones religiosas.

—Pues mucho cuidado, señor don Pedro, mucho cuidado; vea usted que esa es la base de la felicidad, y esto del matrimonio es muy expuesto.

—Sobre todo, agregó el señor cura, en estos tiempos en que las ideas de la desenfrenada democracia van tomando unas creces, que yo no sé á dónde irán á parar.

—En eso está mi dificultad, en que yo no sé acertivamente si Carlos es solamente inclinado á la libertad, ó si ya sus ideas han tomado ese carácter tan marcado de protestantismo y de...

—¡Ah! el protestantismo! la lepra de las sociedades, señor don Pedro María; Dios nos libre de ese azote.

—¿Cómo hiciera yo, señor cura,

para averiguar la verdad? porque decididamente no daré mi hija á uno de esos caballeritos ilustrados, que con pretexto de cultura le espetan á usted una teoría disolvente traída de Europa.

—Por supuesto, señor don Pedro, dijo el cura, ante todo que sea buen cristiano.

Escuche usted, señor don Pedro: yo tengo un medio seguro para averiguar exactamente las creencias de cada individuo.

—Veamos cuál es ese medio, padre Martínez.

—Yo tengo hechas sobre esto algunas observaciones.

—¿Á ver?

—Dígame usted, señor don Pedro, ¿ese caballerito lee á Voltaire?

—No lo sé.

—¿Qué lastima!

—¿Por qué?



—Porque ese dato es precioso. Averigüe usted si el presunto novio de su hija lee á Voltaire, y ya lo tenemos acá todo. ¿Me comprende usted?

—Pero.....

—Vea usted, señor don Pedro. Ese condenado Voltaire tiene una labia y un modo tal (sofístico por supuesto), que le convierte á usted un muchacho de la noche á la mañana.

—Es cierto, dijo el cura, y con razón sobrada se han quemado tantos ejemplares de sus obras.

—Pues yo tengo hecha esa observación, hombre que lee á Voltaire, hereje seguro.

—¿Sabe usted que no me parece mal? Con que decía usted, que el todo es averiguar si lee á Voltaire.

—Eso es.

—Y si lo lee es claro que le tendrá en su casa.

—Es probable.

—Pues caerle á su casa y dar una ojeada á sus libros.

—Ó preguntárselo.

—No lo confiesa.

—Dice usted bien.

—Entonces.....

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que vaya una persona de confianza á hacerle una visita, dijo el padre Martinez.

—Me parece muy acertado.

—Y yo ya sé quién es esa persona.

—Y yo también, dijo el cura.

—¿Quién? preguntó don Pedro.

—Perez, dijo el cura.

—¿Perez? repitió el padre Martinez.

—Perez, repitió don Pedro; sí señores, Perez, y ya eso lo tenía dispuesto, y ya fué.

—Y qué resultó, ¿tenía á Voltaire?

—Vea usted, lo de Voltaire no me había ocurrido; esa es idea de usted; pero sí lo de explorar sus creencias religiosas.

—Pero en fin, ¿qué dice Perez?

—No ha venido.

—Pues eso es lo que hay que hacer, y nada más.

—Pero no se sabe, agregó el cura, que ese señor don Carlos frecuente los santos sacramentos; en fin, no se sabe quién lo confiesa y si va á misa?

—No, contestó don Pedro, nosotros nada sabemos de eso.

—Pues también es un camino.

—Ya lo creo: en la práctica del culto se dan á conocer unos á otros los fieles.

—En todo caso, señor don Pedro, dijo el cura, le aconsejo á usted mucha previsión y cuidado, porque el asunto es de los delicados.

Esa misma tarde, Perez había estado entre cuatro y cinco en la casa de Carlos.

—Estoy á las órdenes de usted, señor don Carlitos, ya pareció el dueño de la purera: ¿cómo le ha ido á usted? parece que he sido exacto; así soy yo para mis citas, porque no me dé usted persona de esas á quienes usted cita á las cinco y viene á las diez: yo no, yo soy inglés, aunque mi color me agravia. ¿Qué ha pensado usted, señor don Carlitos?

Carlos resistió esta andanada con calma, y luego dijo:

—Me ha picado usted la curiosidad, con las noticias que me dió esta mañana.

—Con razón, señor don Carlitos, con razón; comprendo muy bien su inclinación de usted. Merceditas es una perla, que puede hacer la felicidad de

un hombre, y ante todo, le felicito á usted por su elección.

—Vea usted, lo que hay de cierto aquí es, que hay una simpatía mútua, pero yo no he formalizado nada todavía.

—¡Ah! pues ya por todas partes se habla de su matrimonio de usted; ya sabe usted lo que son las gentes, señor don Carlitos; y según he oído decir, la noticia se recibe con agrado generalmente, y hasta se ha asegurado que van tan acordes en ideas, que la familia está contentísima, porque dice que es usted buen cristiano: ¿usted se confiesa con el padre Espinosa?

—No.

—¡Ah! ya me acuerdo, con el doctor Aguirre.

—Tampoco.

—Pues vea usted, tal creía.....

Después de una pausa, Carlos preguntó:

—¿Y la familia se ha ocupado de estos detalles? tal vez desearía conocer mis opiniones y...

—Permítame usted, señor D. Carlitos, lo que es la familia no creo que se haya ocupado de eso; pero las gentes, ya sabe usted, las tias y los parientes, que lo comentan todo. Yo por mi parte, como quiera que sé que en esto le presto á usted un pequeño servicio, no vacilo en darle cuantos datos crea usted necesarios.

—Gracias, contestó secamente Carlos.

—Y ya sabe usted, que tanto el señor D. Pedro María como doña Rosario son tan escrupulosos...

—Francamente, desean saber lo que pienso y lo que creo.

—La familia hasta ahora... hasta ahora no, pero yo me lo temo; y debo advertir á usted á tiempo, que cual-

quiera divergencia en ciertas materias de conciencia sería un tropiezo...

—Me alegro saberlo á tiempo, pues por mi parte no acostumbro ocultar mi fé ni mis principios.

—Hace usted muy bien, señor don Carlitos, porque ¿quién ha dicho que cada uno no es libre para pensar como guste? pero no todas las personas son tolerantes; personas hay, que no creen que puede usted hacer nada bueno, si es usted liberal; otras por el contrario y vaya usted á averiguar el interior de todos, porque cada cabeza es un mundo. Y digo, en el caso en que á mí me preguntaran algo, porque en fin, yo soy como de la casa, ¿qué será bueno que diga?

—¿De qué?

—Digo, de si, por ejemplo: sé ya si usted es ó no es, de si usted frecuenta ó deja de frecuentar, de si...

—He dicho á usted que no acostumbro ocultar mis opiniones.

—Bien hecho, muy bien hecho, así soy yo.

—De manera que, si le preguntan á usted, puede decir la verdad.

—Sí, la verdad es de caballeros. Y digo ¿aun qué la verdad le sea á usted contraria?

—En todo caso.

—Quiere decir, que puedo decir que es usted...

—Liberal.

—¿Liberal? Bien, señor D. Carlitos; ¡liberal! eso sí: lo mismo que yo; porque yo soy también liberal, pues no faltaba más. Pues está muy bien. Y digo esto, ¿solo en el caso en que me lo pregunten...

—En todo caso, obre usted con libertad en el asunto.

—Muy bien, señor D. Carlitos, por-

que... decía yo... pues como ya le había dicho á usted, esto va á ser una bomba porque en fin... la familia es así... ya sabe usted, es muy buena; pero el señor D. Pedro es timorato hasta la exageración, y doña Rosario, le dice quítate que allá voy; y en el momento en que sepan que somos liberales, adios amistad, y vea usted que lo digo con esperiencia. Nada menos que el 24, ¿creerá usted que no invitaron á su compadre, porqué han dado en que es hereje? Pues sí señor; antes se lo bebían en un jarro de agua, y mi compadre por aquí, y mi compadre por allí, pero desde una noche en que el compadre se puso á hablar de las monjas, adios compadre, como si se hubiera muerto; figúrese usted que fué á decir que si estaba contra el celibato de los señores sacerdotes, de que si debía haber exclaustración como en Es-

paña y quien sabe cuantas atrocidades más; el caso es, que dejó escandalizada á la familia, y el padre Martinez fué el primero en aprobar que se le diera de mano al compadre, y desde entonces, para que vea usted lo que son las cosas, señor D. Carlitos, desde entonces empezaron á encontrarle tantos defectos al pobre compadre, que de un hombre tan bueno y tan querido, hicieron el más odioso de los hombres; y quién viene á decir que ya se sabía que el compadre leía libros prohibidos, y otros, que si el compadre se había burlado de los milagros; en fin, señor D. Carlitos, como yo, francamente le quiero á usted bien y me simpatizó usted desde el momento en que lo conocí, no quisiera que se volteara aquella casa, y lo tomaran á usted entre ojos y fuera usted tal vez á sacrificar sus inclinaciones, porque, oiga usted, pues... decía yo...

porque Merceditas lo quiere á usted bien; ya sabe usted, yo todo lo observo, y cuando usted llegó al baile yo iba á bailar con Merceditas, y creyendo ella que usted iría en seguida á sacarla, me hizo droga las cuadrillas, haciéndome creer que me las había dado Lupe; yo conocí la cosa, porque, qué quiere usted, soy penetrante y cuando uno anda en el mundo y rapa barba sabe muchas cosas, yo lo conocí y me dí por enterado y bailé con Lupe; y no solo esto sino lo que hizo en toda la noche.

—¿Qué hizo?

—¡Como qué! señor D. Carlitos, no perderle á usted movimiento; vamos yo estoy seguro de que Merceditas se muere por usted y sería una lástima que...

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo; sobre que la estuve

observando toda la noche. Y hay más, pero no me descubra usted, señor D. Carlitos, porque en fin, yo soy amigo de la familia y no quisiera hacerles una inconsecuencia; pero francamente he de hacer más por usted que por los demás; porque basta que sea usted liberal para que me crea yo obligado á servir á usted ya no solo como su amigo sino como su correligionario.

—Gracias, Perez.

—Y digo; sé más todavía... pero, señor D. Carlitos...

—Hable nsted con franqueza, y en todo caso cuente usted con mi discreción.

—Me basta, me basta, señor Don Carlitos, una palabra de usted es suficiente. Pues hay esto: ya picarán.

—¿Ya qué?

—Quiero decir, ya doña Rosario está sobre sí.